La cultura argentina hoy

La solidaridad

MARIANA RUSSO

Comedor infantil de la Fundación Wetraché, en La Pampa.

PANELISTAS:
Graciela Ocaña,
Juan Carr,
Roberto Gargarella,
Osvaldo Pepe.
MODERADOR:
Cynthia Palacios.

Los participantes de este debate están de acuerdo en algunas definiciones básicas: la solidaridad es un compromiso con el otro que puede permitir la concreción de un proyecto de nación; es un valor social que sostiene y hace posible la convivencia. Implica reconocernos como iguales, formar parte de una empresa común, transformar la realidad del que sufre una injusticia. Sin embargo, no están ausentes las animadas discusiones sobre los orígenes de la desigualdad en Argentina y lo que resta por hacer.

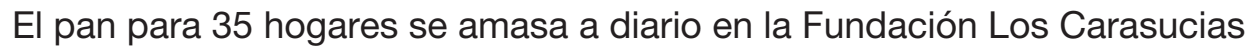


Estos fascículos reproducen extractos de los encuentros que formaron parte del ciclo de debates La cultura argentina hoy, organizado por la Secretaría de Cultura de la Nación. Participaron en él más de cincuenta especialistas que fueron convocados a compartir sus reflexiones sobre temas relativos a la actualidad cultural de nuestro país.

Página/12

MARIANA RUSSO




El pan para 35 hogares se amasa a diario en la Fundación Los Carasucias.

TELAM


Donación de comida frente a las inundaciones en el Chaco.

LA CULTURA ARGENTINA HOY

En sus versiones más corrientes, las llamadas "políticas culturales" adoptan una definición restringida del término cultura, según la cual éste designaría exclusivamente al conjunto de las producciones simbólicas propias de los dominios de las artes y de las letras.

El Ciclo de Debates sobre la Cultura Argentina Hoy se refiere a un objeto mucho más amplio, que incluye lo designado por esa definición restringida pero abarca también a los conocimientos, las prácticas, las creencias, los valores, las normas, las costumbres y, en fin, las realidades no naturales que organizan y dan forma tanto a las relaciones cotidianas de una sociedad con el medio que habita como a los modos de articulación que tornan viable la vida en común y hacen posibles su reproducción y su cambio.

Es claro que así entendida, intentar un balance inmediato del estado actual de la cultura en el país se vuelve una empresa poco menos que inabordable. Pero resulta igualmente cierto que ésta no es una razón válida para abandonar la definición más extensa y para rehusarse a emprender un examen crítico, abierto y pluralista de la situación que atraviesan hoy entre nosotros desde la lengua o la solidaridad hasta la identidad nacional y el trabajo. El modo de resolver la dificultad consiste en reconocerla y en realizar aproximaciones sucesivas a través de varios ciclos que, aunque no consigan agotar su objeto, arrojen cada vez mayor luz sobre él.

El programa contó con expositores de una altísima jerarquía, que suman a su mirada aguda, informada y reflexiva sobre los temas seleccionados una generosa disposición al diálogo y a la discusión franca que valoramos muy especialmente. Nuestro agradecimiento a todos ellos, unido a la firme convicción de que el sendero que comenzamos a recorrer nos llevará a conocernos mejor y servirá para potenciar nuestras considerables perspectivas de avance en las diversas áreas.

JOSE NUN
Secretario de Cultura de la Nación

LOS PARTICIPANTES

GRACIELA OCAÑA (GO). Es licenciada en ciencia política. Trabajó como asesora de varios legisladores nacionales del Frepaso desde su creación en el año 1993. Fue diputada nacional entre 1999 y 2003, electa por el Frepaso de la provincia de Buenos Aires. Integró la Comisión investigadora de hechos ilícitos vinculados con el lavado de dinero que presidió la diputada Elisa Carrió. Actualmente se desempeña como directora ejecutiva normalizadora del Instituto de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados, conocido como PAMI.

JUAN CARR (JC). Es argentino, tiene 44 años, está casado y tiene cinco hijos. Es médico veterinario y se desempeña en el programa Pro-huerta, del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Es voluntario de la organización no gubernamental Red Solidaria, creada en 1995, como un mecanismo orientado a brindar ayuda a numerosas situaciones y necesidades que se presentan a diario en el ámbito social.

ROBERTO GARGARELLA (RG). Es abogado, sociólogo y doctor en Derecho. Es profesor en las universidades de Buenos Aires y Torcuato Di Tella, y ha sido profesor visitante en prestigiosas instituciones internacionales como la Universidad de Nueva York. A lo largo de su carrera recibió diversas becas y distinciones, entre ellas las de la Fundación Guggenheim, el British Council y la Fundación Antorchas. Es autor de numerosos artículos y libros, como *Los fundamentos legales de la desigualdad*, publicado, en 2005, en Madrid.

OSVALDO PEPE (OP). Es licenciado en ciencia política. Fue docente en la Universidad John F. Kennedy, de Buenos Aires, y en el Taller Escuela Agencia (TEA). Trabajó en numerosos diarios y revistas y actualmente es secretario de redacción del diario *Clarín*. Fue asesor de la Cámara de Senadores de la Nación entre 1992 y 1994 y de la Asamblea Nacional Constituyente de 1994.

CYNTHIA PALACIOS (CP). Es licenciada en periodismo. Desde hace diez años trabaja en la sección Información general del diario *La Nación*, a cargo de la página semanal "Historias solidarias". Coordina, además, la redacción de *Diagonal*, un periódico que venden hombres y mujeres en situación de calle.

SOLIDARIDAD Y COMPROMISO

CP. Siempre se dijo que los argentinos somos solidarios, pero que sólo nos movilizamos ante un problema o una catástrofe puntual. Me parece que el gran desafío que tenemos como sociedad es pasar de esta movilización esporádica a realmente construir una cultura solidaria, y creo que el punto de partida para eso es el compromiso. Esa es la gran palabra clave que debe articular el proceso que nos espera. Por eso es importante que intercambiemos ideas sobre la solidaridad en un ciclo sobre la cultura argentina.

OP. Solidaridad, a fin de cuentas, es la palabra que nos convoca. La definición de diccionario llama al error: "Atención o apoyo a una causa ajena". Como si hubiera alguna causa ajena a la condición humana. Es cierto, en los últimos tiempos la palabra "solidaridad" se ha asociado fuertemente a la religión. En los textos del papa Juan Pablo II, entre 1979 y 1994, figura 64 mil veces. Sin embargo, Carlo Maria Martini, cardenal arzobispo emérito de Milán, un intelectual brillante, en un diálogo sobre la solidaridad que mantuvo con el profesor Massimo Cacciari, recuerda que la palabra entró hace poco en el vocabulario eclesiástico. Por lo tanto, creo que nadie debería apropiarse de ella. Deberíamos compartirla, por así decirlo, solidariamente. No es una cuestión de credos, sino de convicciones y sobre todo de actitudes. **La solidaridad no merece un destino declamatorio. Debemos aprenderla, desarrollarla, profundizarla y, sobre todo, transmitirla y ejercerla desde lo cotidiano.** Esa es su verdadera fortaleza.

GO. Hace pocos días, en los principales diarios del país, se publicó una encuesta de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) en la que se evaluaban ciertas características de los argentinos. Lo sorprendente de los resultados es que entre el 80 y el 90% de quienes contestaron se consideraban a sí mismos transgresores de las reglas, sean las normas impositivas o las de tránsito. Pero al mismo tiempo, el 90% se consideraba un grupo social solidario. Esto parece bastante contradictorio, porque un aspecto básico de la solidaridad es tomar en cuenta al otro, y violar las normas parece incumplir esa característica. Sin embargo, como decía Cynthia, es cierto es que los argentinos ante situaciones extremas somos muy solidarios y damos una respuesta solidaria al otro. **A la hora de reflexionar sobre la idea de compromiso, fundamental para la solidaridad, creo que ese concepto trae aparejada la idea de nación, es decir, si los miembros de una sociedad tienen un compromiso con el otro, ese compromiso permite construir una idea de nación.**

OP. Si solidaridad y compromiso están vinculados tan íntimamente, dada nuestra condición actual, ¿se puede no ser solidario hoy en Argentina? A menos que se intente una utopía aislacionista a lo Robinson Crusoe, si observamos cuidadosamente al país profundo, la solidaridad es un mandato inexcusable. Los indicadores económicos nos mueven a una razonable euforia: recaudación fiscal, exportaciones, superávit, crecimiento de la economía, de la industria, de la inversión y hasta del consumo en determinados sectores sociales. Todos records que son bienvenidos, que pueblan las tapas de los diarios y nutren las estadísticas. Pero que también son insuficientes, porque todavía sus consecuencias no han alcanzado al grueso de la



MARIANA RUSSO

Roberto Gargarella, Osvaldo Pepe, Graciela Ocaña, Juan Carr y Cynthia Palacios en La Cultura Argentina Hoy.

población. Hay otras estadísticas, tan ciertas como las que acabo de enumerar, sólo que éstas son las que nos imponen la solidaridad. Así, por ejemplo, en el segundo semestre de 2005, la pobreza infantil bajó un 7% en Argentina, pero sigue siendo muy alta y la mitad de los menores de 14 años vive en hogares pobres. Además, el trabajo infantil afecta a un millón y medio de chicos en el país. Hay, al menos, 17 mil chicos internados en institutos sin haber cometido delito alguno, privados de su libertad por carencias familiares y sociales. Sabemos, además, que la canasta básica para una familia tipo costaba, en junio, algo así como 850 pesos, y que el 80% de los hogares pobres tiene al frente a una persona con empleo. Y podríamos seguir. El empleo en negro viene en baja, pero afecta aun a casi 4,5 millones de personas; seis millones de personas viven sin cloacas acá nomás, cruzando la General Paz, en el conurbano bonaerense, y, finalmente, la brecha entre el 10% más rico de la población y el 10% más pobre es nada menos que de 36 veces, a contramano de las sociedades con desarrollo en equidad, donde la brecha no supera las 12 veces. Una realidad tan dura como esa nos impone el desafío de trabajar solidariamente para cambiarla.

Como ciudadanos de la “república Robinson Crusoe” podríamos no sentirnos responsables de estos indicadores alarmantes, podríamos incluso creer que no son ciertos. Pero como miembros de la sociedad civil tenemos un ancho campo de acción y debemos llevar adelante conductas socialmente responsables.

JC. Creo que es importante intentar, día a día, volver reconocible al prójimo, hacernos conscientes de que está al alcance de cualquiera en cualquier momento. En el ámbito público, en la redacción de un diario, en el derecho, en nuestra vida cotidiana hay un prójimo en alguna situación y necesita de nosotros tanto como necesitamos de él. Como voluntario de la Red Solidaria, me considero una persona común que trata de cambiar mínimamente la realidad, y me parece interesante compartir mi experiencia personal. Soy un individuo de clase media, fui formado en el ámbito privado y después en el Estado y estoy agradecido a mi educación. Llegó un momento en el que me di cuenta de que tenía trabajo, una familia maravillosa, una esposa, cinco hijos, y juntos vimos que teníamos una capacidad cultural y económica, aunque inestable, que nos daba una sensación de deber, pero no desde la tragedia, al contrario, desde nuestra situación de privilegio. Junto con otras personas en una situación semejante a la nuestra, comenzamos a pensar en lo que podíamos hacer por los demás con el poco tiempo libre que teníamos, y descubrimos que el trabajo en red nos permitía sumar los pocos tiempos que teníamos para impactar comunitariamente sobre la realidad. **Lo que hacemos permanentemente es tratar de estar cerca del que sufre, una tarea tan dolorosa como necesaria.** A partir de conocer esa necesidad, lo primero que hacemos es llamar a nuestros amigos y conocidos y a otros voluntarios, y decirles: necesito una prótesis, un trasplante, un techo para una escuela, útiles escolares, un abrazo a un abuelo, un llamado de teléfono. Con el tiempo, nos fuimos dando cuenta de que mientras más amigos y conocidos teníamos, más sencillo era dar una respuesta al que sufría. Pero tuvimos que salir de nosotros y mirar al otro, ése es el primer ejercicio clave. El segundo, es darle visibilidad a la gente que está en una situación de sufrimiento pero que habitualmente permanece oculta. No vemos diariamente a la persona que está internada y necesita un trasplante, a las familias que no tienen aseguradas sus necesidades alimenticias. Una vez que logramos sacarlos de la oscuridad y darles dignamente visibilidad, una vez que logramos comunicar esas situaciones, Argentina estalla en generosidad.

ARGENTINA EN LAS ULTIMAS TRES DECADAS

GO. Pertenezco a una generación para la cual la solidaridad constituía un elemento y un valor básico, en el hogar, en la escuela, en el ámbito laboral, con las prácticas del respeto al otro y la cooperación que eran una cuestión natural. Eramos jóvenes, muchos militantes, buscábamos cambiar la sociedad y teníamos un compromiso muy grande con la sociedad y el otro. Nuestro ejemplo era el padre Mugica, que había dejado la comodidad de la Recoleta para trabajar solidariamente en los barrios más humildes de la ciudad de Buenos Aires. La militancia era entonces un hecho social, era trabajo, sacrificio, humildad y todas esas características nos fueron formando.

Muchas de esas ideas comenzaron a cambiar a partir de la última dictadura militar, del terrorismo de Estado, de Malvinas. Estos últimos 30 años han sido nefastos en ese sentido para toda la sociedad, porque han destruido el tejido social y han reproducido valores distintos a aquellos que nos habían formado. Recuerdo frases como “el silencio es salud”, “por algo será” y “si a mí me va muy bien, viajo a Miami y compro las cosas en cuotas”, que dan la idea de una Argentina que había perdido la idea de la solidaridad, la idea del otro; que había perdido conciencia de lo que le estaba sucediendo.

Todos sabemos que esta idea de solidaridad, en la que mi generación se formó, se asentaba sobre una acción del Estado Benefactor, sobre una cultura política de inclusión social, según la cual la mayor cantidad de la población podía acceder a los bienes que el Estado garantizaba: educación, empleo, vivienda, salud, servicios públicos. Parece mentira, pero esa Argentina no sucedió hace mucho tiempo, eran cosas que dábamos por sentadas hace sólo 30 años. Creo que los años ’90 fueron, con la reforma del Estado, la culminación de ese modelo que se inició en 1976. Este nuevo Estado neoliberal que se impuso bajo la matriz de la exclusión social, fue un marco necesario para destruir muchos de esos valores y buena parte de esa Argentina en la que nos habíamos formado. En esos años se impusieron nuevas formas, nuevas prácticas, nuevos valores sociales: la competencia, el miedo, la impotencia, el escepticismo, la frivolidad, el individualismo, la desconfianza. La cultura argentina fue adoptando características que tendían a atrofiar la vida social. Este marco de anomia social culmina prácticamente con la desintegración de la sociedad y con una enorme crisis que estalló en 2001. Pero estoy convencida de que eso está empezando a cambiar, porque se han regenerado ciertos valores en la sociedad argentina. Se ha recuperado la memoria, reaparecieron los derechos humanos, que habían sido dejados de lado con las leyes del olvido y el perdón. **Estamos empezando a restablecer el papel de un Estado dis-**

SOLIDARIDAD DE LOS MAYORES

Desde el año 2004 estoy a cargo del PAMI, por lo que tomé contacto con una realidad que había perdido muchos años atrás. Mis abuelos fallecieron cuando yo tenía 20 años, por lo cual, desde entonces, no había vuelto a estar cerca de los adultos mayores. Estar en el PAMI me permite conocer el modo en que se vislumbra la solidaridad en los adultos mayores, que en general perdieron el papel que desempeñaban para mi generación como orientadores del grupo familiar, como un lugar respetado y valorado dentro de la familia.

Sin dudas, la crisis económica, de valores sociales, también hizo cambiar ese rol que el adulto mayor tenía en la familia. Para estos adultos mayores, los nuevos valores del éxito imperantes en la juventud, sobre todo los valores económicos y estéticos, están lejos de su realidad cotidiana. Sus jubilaciones estuvieron congeladas por más de once años, su obra social sólo salía en los diarios por los escándalos y la corrupción y no podía brindarles las prestaciones necesarias, al tiempo que los que estaban a cargo de esa institución exhibían lujos y riquezas muy alejados de la situación personal de los jubilados. En esa situación desesperante, los adultos mayores encontraron la solidaridad en sus propios pares. Se reunieron en los centros de jubilados y ante las situaciones de pobreza que vivían, los transformaron en comedores o en centros para brindar ayuda alimentaria. Hasta que terminaron por convertirse en hogares contenedores, con distintas actividades culturales, recreativas, con talleres de recuperación de la memoria activa del barrio, de la fábrica, de las danzas folclóricas y de distintas actividades que van, desde la atención en una enfermería, a la contención y el entendimiento del otro. Desde el PAMI apoyamos fuertemente toda la tarea que los centros de jubilados realizan. Lamentablemente la participación en los centros de jubilados alcanza aproximadamente al 12% de la población que atendemos, que son 3 millones de personas en todo el país. Pero de todos modos es muy importante, sobre todo en algunas regiones donde el único punto de reunión y de contención, es ese centro de jubilados. También es fundamental el esfuerzo que estos centros realizan para mantener un vínculo con la sociedad. Se trata de una tarea solidaria, porque en muchos de estos centros también se gestan talleres en los que los abuelos cuentan cuentos en las escuelas, realizan ropa para los niños, para sus nietos. Todo esto refleja un modelo social distinto, más parecido al de mi generación y menos semejante al de los ’90. Pensemos que se trata de personas que pasan grandes carencias, que están en una situación de exigir que la sociedad los recompense por los esfuerzos de una larga vida, y aun así tienden su mano al otro en una actitud enormemente solidaria. Por eso me parece muy importante que la sociedad tome en cuenta al adulto mayor y que esa solidaridad también les llegue a ellos. No pienso solamente en actos magnánimos y desinteresados, sino también en pequeños gestos que destilan solidaridad. Cederle el asiento a un adulto mayor en un colectivo lleno es un gesto solidario que se ha perdido y cuyo valor aumenta en una sociedad que, por ejemplo, ha permitido que muchos de ellos sufran asaltos brutales en los grandes centros urbanos. **GO.**

tinto. Pasamos del Estado ausente, que caracterizó a las últimas tres décadas, a un Estado presente y necesario. Hay una sociedad que está activa y que demanda sus derechos y esa es una buena señal, porque amplía las pautas de responsabilidad hacia el otro, que exige la solidaridad.

RG. Me gustaría reflexionar un poco sobre lo que podríamos llamar las condiciones materiales de la solidaridad. Esto es, qué cosas ayudan a ser solidario, sobre todo porque estoy convencido de que lo que no ayuda es la mera invocación, la mera exhortación. En principio, **no creo que la solidaridad haya menguado entre los argentinos en los últimos años por un cambio de nuestra mentalidad. En todo caso, si algo ha cambiado, insistiría sobre el punto de las condiciones materiales: la estructura social argentina ha cambiado y eso produjo una mutación de los valores en la cultura argentina. Me parece que la solidaridad requiere de una cierta igualdad,** y cuando la igualdad está ausente, cuando predomina una enorme desigualdad como la que existe hoy, lo que empieza a surgir es otro tipo de valor, que tiene que ver más con la caridad.

Por eso, si lo que nos interesa es la promoción de la solidaridad, lo que necesitamos es que nos podamos reconocer como iguales, como tripulantes del mismo barco, como miembros de una misma empresa cooperativa. Si no logramos eso, como ocurre hoy, empezamos a ver al otro como alguien diferente, con el que no tenemos ningún vínculo. En una sociedad estratificada, jerarquizada, dividida por countries donde unos entran y otros no, es difícil sentir que todos estamos en el mismo barco.

La solidaridad requiere que podamos reconocernos como iguales, situados en un mismo plano, formando parte de una empresa común que compartimos. Para ser solidarios debemos comprender que la suerte del otro es la propia. Pero, **cuando la sociedad está fragmentada, muchos saben que lo que le pasa al otro nunca le va a pasar a uno. Y eso lleva al aislamiento, al fin de la solidaridad.** Hoy en Argentina la desigualdad es tal que el tipo de motivaciones que tenemos habitualmente sacan lo peor de nosotros. Cuando la sociedad está organizada a partir de la codicia y el miedo (la codicia de alcanzar todo lo posible y el miedo de que si nos llega a ir mal perdemos todo), la solidaridad se convierte en algo heroico. Porque para poder llevar adelante un comportamiento solidario en ese marco, uno tiene que cambiar de vida, abandonar todo lo que estaba haciendo, despojarse de su vida anterior. Es necesario un comportamiento digno de héroes, un sacrificio extraordinario. Por eso pienso que **si nos preocupa la solidaridad, primero debemos ocuparnos de terminar con las condiciones de desigualdad en las que vivimos.**

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD... SOLIDARIDAD

Una de las más profundas reflexiones sobre la solidaridad, no ya como un gesto altruista, sino como valor social que sostiene y hace posible la convivencia, pertenece a Octavio Paz, escritor mexicano, Premio Nobel, quien en un libro titulado *La otra voz* se preguntó acerca de la relación de las tres palabras cardinales de la democracia: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Dice Paz: "La relación entre ellas es incierta, o más bien problemática. Hay contradicción entre ellas, ¿cuál es el puente que puede unirlas? A mí modo de ver, la palabra central de la tríada es Fraternidad, en ella se enlazan las otras dos. La Libertad puede existir sin Igualdad y la Igualdad sin Libertad. La primera, aislada, ahonda las desigualdades y provoca las tiranías. La segunda oprime a la Libertad y termina por aniquilarla. La Fraternidad es el nexo que las comunica, la virtud que las humaniza y las armoniza. Su otro nombre es Solidaridad, herencia viva del cristianismo, versión moderna de la antigua caridad. Sólo la Fraternidad puede disipar la pesadilla circular del mercado". OP.

GO. Evidentemente tenemos que resolver una cuestión crucial, que es la redistribución de la riqueza en Argentina. Son necesarias una sociedad igualitaria, políticas que fomenten la integración, la inclusión social, que en definitiva son derechos que todos los argentinos tenemos. Ahora, también es preciso tener en cuenta cuál es la situación de Argentina y de dónde venimos porque, de lo contrario, podemos exigir cosas que son imposibles de cumplir. Entonces, si consideramos que venimos de la crisis más profunda, como fue la de 2001, de la fuga de capitales, del saqueo del país, veremos que falta mucho por hacer, pero también que hemos avanzado bastante.

OP. Pienso que tenemos que activar la solidaridad como energía colectiva diaria. ¿Por qué ejercerla sólo ante las grandes calamidades o las euforias pasajeras cuando se pueden llevar a cabo pequeñas tareas cotidianas, que son las que conforman el espíritu de la sociedad? En Argentina no habrá solidaridad cabal hasta que se reintegren con plenos derechos a la sociedad todos aquellos que han sido expulsados y que han quedado abandonados en los márgenes de lo cotidiano. Desempleados, jubilados, chicos de la calle, cartoneros, de a poco el sistema vuelve a incorporarlos. No es un favor que les hacemos, es una deuda que pagamos. Se habían olvidado de ellos la política, la economía y buena parte de la sociedad civil. Para los abuelos y bisabuelos inmigrantes el trabajo era un valor, para los jóvenes de hoy y los adultos desempleados es una herida absurda. Muchos de aquellos pioneros lejanos cuando llegaron al país no conocían a nadie, no sabían el idioma, ni siquiera un oficio, ni siquiera tenían dinero. Pero tenían valores y tenían la posibilidad de trabajar. Fueron fieles a esos valores y crecieron con ellos como banderas. Detrás de ellos y de sus epopeyas se desarrolló una nación. ¿Qué pasó con ese país maravilloso? ¿Por qué extraviamos los valores de la Argentina criolla y de la Argentina inmigrante? ¿Dónde quedaron aquellas barriadas de puertas abiertas y vecinos solidarios que yo conocí en mi infancia? Jorge Luis Borges decía: "El argentino, a diferencia de los americanos del norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado, ello puede atribuirse al hecho general de que el Estado es una abstracción inconcebible. Lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. Aforismos como el de Hegel, aquello de 'el Estado es la realidad de la idea moral', le parecen bromas siniestras, el robar dinero público no es un crimen. Compruebo un hecho, no lo justifico ni lo disculpo". Hay en estas palabras una puja entre los valores individuales y los comunes, una tensión que todavía hoy parece actuar contradictoriamente en la compleja realidad argentina. La solidaridad puede quebrar esa lógica perversa. Por eso creo que hay ejemplos que, aunque nos lleven a la tristeza, nos permiten ser optimistas sobre las posibilidades de la solidaridad en el país. Pienso, por ejemplo, en la más dramática y bella postal de solidaridad que jamás hayamos conocido los argentinos. Son aquellos pibes que, en medio del horror, asfixiados por el humo y la desidia, en la trampa mortal de las puertas cerradas por la corrupción y la ambición, entraron una y otra vez al infierno para rescatar a quienes ni siquiera conocían. Pasó una noche de verano en Buenos Aires, en un boliche llamado República de Cromagnón. Fue la peor de las tragedias, pero también la solidaridad más gigantesca. Eso sí que fue dar hasta que duela, dar la vida misma a cambio de salvar la de los demás. No deberíamos olvidarlos cuando mencionamos la palabra solidaridad.

JC. Todos sentimos que hubo épocas de enorme indiferencia, momentos en que todo el mundo tenía que mirarse a sí mismo. Primaba la idea de que el silencio es salud, de que la participación era tenebrosa, oscura y pecaminosa. Pero pienso que en los últimos tiempos hemos dado un paso. Ahora hay una emoción por el prójimo. En este ámbito de cultura, estamos tratando de ver desesperadamente cómo pasar de esta emoción por el prójimo, por el semejante, a un compromiso. Cómo convertir una emoción en una cultura de la solidaridad. ¿Cómo no voy a integrar al prójimo a mi vida cotidiana? **No hay que cambiar la vida, no hay que vestirse de harapos, no hay que dejar lo que uno hace, simplemente hay que reconocer al prójimo, ése es el paso glorioso que estamos buscando. Tenemos que aspirar a una cultura de la solidaridad, a un proceso mediante el cual una comunidad, no un individuo, preste atención, levante la vista a las necesidades de sus semejantes, reflexione al respecto y decida transformar esa realidad.**

SOLIDARIDAD Y REPUBLICA

La solidaridad puede pensarse también desde la filosofía política republicana, que podríamos asociar al pensamiento de Rousseau, un filósofo que se ocupó fuertemente de pensar la comunidad. Una de las áreas en la que los republicanos pusieron más atención es el tema del carácter, esto es, las cualidades morales de la gente. Estaban convencidos de que, ante la ausencia de lo que llamaban "virtud cívica", sería imposible alcanzar las metas que se habían fijado que eran el autogobierno, el poder tomar control sobre nuestros propios asuntos, el poder desarrollarnos como comunidad. Pero en lugar de reclamar una virtud en abstracto para cambiar la sociedad, pensaron cómo podían hacer para cultivar esa virtud. Rousseau hablaba de la voluntad general, la idea de decidir de un modo en que la decisión que tomemos nos pueda reflejar a todos porque todos hemos participado de ella. Para poder tomarla, no basta con decirle a la gente "ahora cuando va a votar, vaya y piense en el interés de todos", no basta con la mera invocación. **Rousseau decía que hay ciertas condiciones necesarias para poder pensar en común. Se trata, sobre todo, de cierta igualdad de recursos, porque si la sociedad está partida en dos, los muy ricos y los muy pobres, cuando uno le dice que piense en el interés, el rico pensará en el de su grupo y el pobre en el del suyo, no habrá un interés común, sino intereses que van en direcciones opuestas.** Cualquier cambio social que busquemos, político, económico, profundo, requiere ciudadanos de un cierto tipo. Pero para tener ciudadanos de un cierto tipo no basta con decir "argentinos, cambiemos la mentalidad". Necesitamos construir las condiciones materiales para poder pensar en común. RG.

LA SOLIDARIDAD
PANELISTAS:
GRACIELA OCAÑA,
JUAN CARR,
ROBERTO GARGARELLA,
OSVALDO PEPE.
MODERADOR:
CYNTHIA PALACIOS.

Agradecemos especialmente al público, cuyos comentarios y preguntas enriquecieron los debates, y a la agencia TELAM, que gentilmente cedió las fotos que ilustran esta publicación.

Producido y editado por la Dirección de Comunicación y Prensa de la Secretaría de Cultura de la Nación.